

Las guerras neocoloniales

Josep Fontana

Historiador

9 mayo 2014

(Traducción de Jordi Domènech)

El mito de la guerra fría, al igual que hoy el de la defensa contra el terrorismo islámico, ha servido para ocultar la realidad de unas guerras neocoloniales que comenzaron en 1945 y continúan todavía hoy. John Pilger fue de los primeros en denunciar que ha sido en el Tercer Mundo "donde realmente hicieron la guerra fría las potencias occidentales, no contra los rusos, sino contra gente prescindible, de piel oscura o negra, a menudo en lugares de una gran pobreza. Fue no tanto una guerra entre Este y Oeste como entre Norte y Sur, entre ricos y pobres, entre grandes y pequeños. Ciertamente, cuanto más pequeño era el adversario, mayor parecía ser la amenaza, porque el triunfo de los débiles podía convertirse en un ejemplo que podría convertirse en contagioso ('La amenaza de un buen ejemplo', como dijo en cierta ocasión Oxfam). De manera que los débiles fueron los enemigos, y todavía lo son".

Hay que recordar que, por parte de los aliados, la II Guerra Mundial se hizo con una retórica liberadora que tuvo su primera expresión en la Carta del Atlántico, firmada por Estados Unidos y Gran Bretaña el 14 de agosto de 1941, cuyo tercer artículo proclamaba "el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual deseen vivir", aunque Churchill, que se limitó a seguir la corriente de lo que planteaba Roosevelt, se manifestó escéptico respecto de la utilidad del sufragio universal para los hotentotes.

La fundación de la ONU aumentó las esperanzas sobre el fin de la colonización, pero las potencias imperiales, que salían de la guerra arruinadas, no estaban dispuestas a renunciar a su explotación. No lo consiguieron en el caso de las colonias asiáticas, pero sí con las africanas, con una nueva actitud paternalista que se justificaba con la idea de que debían ayudar a estos pueblos a madurar para la independencia.

Por su parte, Estados Unidos, que sostenía en público una actitud antiimperialista, desconfiaba de los pueblos que deseaban independizarse. Detrás de su actitud había un elemento racista, que sigue manteniendo hoy, y el temor de que esta gente incivilizada caería inevitablemente en manos de los rojos. En una conversación mantenida en 1958 con el ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, el secretario de Estado norteamericano

John Foster Dulles, manifestó que el proceso de acceso a la independencia de los colonizados tenía que ser lento, con este argumento: "En la actualidad, muchos de los nuevos países independientes que no estaban básicamente preparados para su independencia, se han convertido en objetivos del comunismo internacional y ello ha conducido con frecuencia a dictaduras del proletariado." Afirmación delirante, porque en 1958 no había dictadura del proletariado ni en la Unión Soviética.

El doble afán por seguir beneficiándose de los recursos que producían estos países, y de controlarlos políticamente, que era una condición para mantener su explotación, derivó en toda una secuencia de intervenciones directas e indirectas, con el añadido de asesinatos de líderes incómodos, que vienen a componer esta gran guerra de recuperación colonial, la cual nuestros libros de historia desconocen, relegando sus diversas partes a capítulos marginales de la guerra fría.

Uno de los capítulos más dramáticos, y más reveladores, de esta guerra, fue la destrucción del Congo, que empezó con el asesinato de Patrice Lumumba por orden de Eisenhower. El asesinato de Lumumba no tiene nada que ver con la guerra fría. De hecho, fue a Estados Unidos a pedir ayuda para mantener la República del Congo independiente y unificada, pero Eisenhower se marchó de Washington para ni siquiera tener que verle y le negaron cualquier ayuda. El motivo inicial del rechazo de Eisenhower fue la actitud independiente que había mostrado Lumumba ante el rey Balduino en el momento de la independencia: "el presidente estaba especialmente alarmado —nos dicen— por las denuncias que había hecho Lumumba de Occidente y de su opresiva herencia en África".

El resultado fue el establecimiento en el país de uno de los regímenes más corruptos del siglo XX, el de Mobutu, que gobernó 32 años protegido y financiado por Estados Unidos y Francia. El Congo era importante para Occidente, y sigue siéndolo, por sus minerales, y por los negocios de las empresas "occidentales" que los explotan, a menudo sin pagar prácticamente nada por ellos. La consecuencia final de todo ello fue esta gran guerra del África central que Gérard Prunier calificó como "la guerra mundial africana", que comenzó en Ruanda en 1994 y continuó en el Congo hasta noviembre de 2013: veinte años de combates con un resultado que al parecer sobrepasa los cinco millones de muertes.

Hoy las formas de estas guerras están cambiando. Sólo Francia sigue practicando intervenciones directas, como en Malí o en la República Centroafricana. Los norteamericanos han aprendido de sus fracasos en Vietnam o Afganistán, donde a los costes de la guerra se ha añadido el problema del regreso de los soldados: en 2010 había en Estados Unidos 76.000 veteranos sin casa, viviendo en la calle, en una situación cuyo dramatismo describe perfectamente un dato: el número de veteranos de las guerras de Irak y Afganistán que se han suicidado después de su regreso, es ya superior al de los soldados muertos en combate en ambas guerras.

El sistema actual, lo que Nick Turse denomina "el nuevo modelo de la guerra expedicionaria", se basa en el principio de que la guerra la hagan otros, con asesoramiento y ayuda de personal norteamericano. Actualmente, la guerra neocolonial en África es dirigida por una organización militar norteamericana, Africom, que tiene en teoría una sola base militar en el continente, la de Camp Lemonnier, en Yibuti, donde hay en torno a 2.000 hombres y una de las mayores instalaciones de drones (una base, por cierto, de la que acaba de renovarse el alquiler por 10 años, que es una de las principales fuentes de ingresos de una de las peores dictaduras de África). A partir de este punto trabaja en lugares operativos muy diversos, entrenando a fuerzas de 13 países del oeste africano. En la actualidad, y según recientes informaciones, Africom realiza misiones diarias por todo el continente, conduciendo operaciones con fuerzas militares locales, para las cuales construye campamentos, cuarteles y refugios de seguridad. Ha participado en diversas guerras, ha enviado fuerzas especiales a países como Somalia o Sudán del Sur, ha realizado intervenciones aéreas o misiones de abducción, etc. Por ejemplo, en zonas de conflicto como Malí o la República Centroafricana, los norteamericanos, que colaboran con Francia, transportan en sus aviones fuerzas de paz de Ruanda y Burundi, les proporcionan informaciones suministradas por sus drones, o proveen a la aviación francesa de combustible desde su base en España.

Las formas de la guerra han cambiado, pero los intereses que defienden son los mismos, como lo son las víctimas que pagan las consecuencias.

Fuente original:

"Les guerres neocoloniales", *La Lamentable*, 9 mayo 2014

<http://lamentable.org/les-guerres-neocoloniales/>